

Homilía Misa de la Cena del Señor

Iglesia Catedral de Buenos Aires

Jueves Santo, 6 de abril de 2023

Lecturas:

Ex 12, 1-8.11-14;

Sal 115, 12-13.15-16bc.17-18;

1Cor 11, 23-26;

Jn 13, 1-15

«Conociendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, Él que había amado a los suyos que se quedaban en el mundo, los amó hasta el fin». Es la hora que anunció varias veces a sus discípulos cuando les habló de su pasión. Ahora en esta ocasión, está dispuesto a hacer un signo para quienes se quedan peregrinando en este mundo: nosotros. Para que recordemos a perpetuidad que no nos faltará su amor hasta el fin del camino de la vida, de la vida de cada uno de nosotros.

Estaba próxima a las fiestas de la Pascua. Se imaginan ustedes que Jesús ha celebrado muchas veces la Pascua en la Sagrada Familia y lo hizo como escuchamos en la primera lectura. Es la Pascua que celebraban los judíos y abriendo su corazón les manifestó: «he deseado ardientemente celebrar esta Pascua con ustedes antes de padecer». Por eso para celebrar el Antiguo Rito que conmemoraba la liberación del pueblo de Egipto, manda a sus discípulos a preparar un lugar bien dispuesto para que la intimidad con los presentes les permita celebrar la última cena y la primera eucaristía de la iglesia. Todo se celebró con un Rito que la tradición observaba celosamente desde siglos: gestos y palabras, lucernario, incienso y abluciones para la purificación hicieron

de esa cena de amigos algo sublime, serio y profundamente religioso a la vez. Ante la sorpresa de los comensales tomó el lugar del sirviente, se arrodilló y se puso a lavar los pies a cada uno. Lo hizo para enseñarles que así debían hacerlo con sus hermanos y hermanas si querían anunciarles el Reino. «Les he dado el ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes».

Luego, al extraordinario testamento de amor avalado con tantos gestos de condescendencia durante su vida terrena, le siguió la entrega de su cuerpo y de



su sangre bajo las apariencias de pan y de vino, para que los hombres puedan acercarse a la fuente inagotable de la gracia. Era un deseo permanecer hasta que Él venga nuevamente como lo había prometido. Después todo ocurrió muy rápido porque con las sombras de la tarde llegaba también la noche de la traición, como leímos en la segunda lectura de la primera carta a los Corintios. El Papa Francisco, comentando ese ardiente deseo de Jesús nos dice: «Nadie se ganó el puesto en esa cena, todos fueron invitados, o, mejor dicho, atraídos por el deseo ardiente que Jesús tiene de comer esta Pascua con ellos: Él sabe que el cordero de esa Pascua es él, sabe que es la Pascua. Esta es la novedad absoluta de la Cena, la única y verdadera novedad de la historia, que hace que esa Cena sea única y, por eso “última”, irreplicable. Sin embargo, su infinito deseo de restablecer esa comunión con nosotros, que era y sigue siendo un proyecto original, no se podrá saciar hasta que todo hombre, de toda tribu, lengua, pueblo y nación haya comido su Cuerpo y bebido de su Sangre: por eso, esa misma Cena se hará presente en la celebración de la Eucaristía hasta su vuelta»¹. Jesús desde aquel momento ha deseado celebrar su Pascua con cada uno de nosotros para que no nos falte nunca el Pan bajado del cielo, el Pan de vida.

Nuestra bella y verdadera eucaristía nació en la noche del Jueves Santo en el contexto de un banquete ritual de la cena Pascual en el anuncio y la concreción de una traición. Pero a pesar de todo, nuestra Eucaristía conserva el sentido del convite: es una invitación persuasiva, amistosa «tomad y comed» tomó luego

una copa y se la dio diciendo: «bebed de ella todos». Esta invitación expresa muy bien la relación de comunión y de libertad que Dios quiere mantener con cada uno de nosotros. Somos libres para acercarnos al altar. Se celebra en común, masivamente, pero mantiene la delicadeza sacramental de un vínculo personal con cada uno que se acerca a comulgar por derecho bautismal. En la comunión Dios se encuentra con sus hijos. Nos llama personalmente a cada uno por nuestro nombre, porque Dios se tatuó a la persona amada en la palma de su mano para poder tener su rostro siempre cerca. Así lo dice el profeta Isaías: «míralo te llevo tatuado en la palma de mis manos». La Eucaristía es un signo del cielo, su gloriosa virtud le viene de la pasión de Cristo de donde nació. Contiene todas las virtudes porque es la expresión del inmenso amor de Cristo que se contiene en su cuerpo y en su sangre. A su vez cada vez que la recibimos alimenta la esperanza de la vida eterna conforme a la promesa de Cristo, que nunca nos defrauda. Será por eso que no salimos de la eucaristía celebrada de la misma manera que vinimos a ella. Después de recibirla volvemos a la vida cotidiana con una misión y la razón nos la da el Papa Francisco «el mundo todavía no lo sabe pero todos están invitados al banquete de bodas del cordero. Lo único que se necesita para acceder es el vestido nupcial de la fe, que viene por medio de la escucha de la Palabra. La iglesia lo confecciona a medida con la blancura de una vestidura lavada en la sangre del cordero. No debemos tener ni un momento de descanso sabiendo que no todos han recibido aún la invitación a la cena o que otros la han olvidado o perdido en los tortuosos caminos de la vida de los hombres. Por eso he dicho

1. Carta Apostólica *Desiderio Desideravi* del Santo Padre Francisco n°4.

-el Papa siempre sueña- “sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. Para que todos puedan sentarse a la mesa de la cena del sacrificio del cordero y vivir de Él. Esa es nuestra misión”.

Hay en este admirable Sacramento una delicada y persuasiva atracción divina y el Papa nos dice de dónde le viene: «Antes de nuestras respuestas a su invitación -cada eucaristía es una invitación-, la iglesia todos los domingos pone la mesa como buena madre y espera a sus hijos. Siempre nos invita». «Pero mucho antes -dice el Papa- está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo ardiente que Él tiene de nosotros, de celebrar su Pascua. Por nuestra parte, la respuesta posible, la ascesis más exigente es, como siempre, la de entregarnos a su amor, la de no resistir a su amor, la

de dejarnos atraer por él. Ciertamente en nuestra Comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo ha sido deseada por él en la última cena».² Es el deseo. «Deseo celebrar esta Pascua contigo, lo deseo ardientemente».

Qué lindo que es esto de saber que cada vez que celebramos la Eucaristía somos atraídos por su amor, antes que una decisión nuestra. En el mismo Evangelio de San Juan, uno de los grandes milagros de Jesús fue darle de comer a mucha gente. Lo seguían porque les había llenado el estómago. Pero Él con su pedagogía dio un pasito más y les dijo: «Yo tengo un Pan, un Pan de vida, un pan que no acaba nunca. Y la gente le decía «danos siempre de ese pan». ¿Se animan a pedirlo? Porque la Eucaristía está servida y nosotros le decimos: que nunca nos falte. Por eso repetimos: danos siempre de ese Pan. Jesús, danos siempre de ese Pan.

✠ **Mario Aurelio Cardenal Poli**

2. Carta Apostólica *Desiderio Desideravi* del Santo Padre Francisco n°6.